

10-

EL MISTICISMO  
DE  
SAN JUAN DE LA CRUZ  
EN SUS POESÍAS

(ENSAYO DE CRÍTICA LITERARIA)

POR

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA

Doctor en Filosofía y Letras

CON UN PROLOGO

DE

D. JUAN MANUEL ORTI Y LARA

Catedrático en la Universidad Central



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO  
calle de la Bola, núm. 5

1894

G-F- 2277



DGCL  
A

EL MISTICISMO  
DE  
SAN JUAN DE LA CRUZ

EN SUS POESÍAS

(ENSAYO DE CRÍTICA LITERARIA)

POR

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA

Doctor en Filosofía y Letras

CON UN PRÓLOGO

DE

D. JUAN MANUEL ORTI Y LARA

Catedrático en la Universidad Central



**MADRID**

[ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE PINTO  
calle de la Bola, núm. 6

1894



OB. 1168329

t. 101936

R.88451



## PRÓLOGO

---

**A**UNQUE peregrino sea en el mundo de la poesía y poco versado en la literatura propiamente dicha, por razón de mi oficio me he visto obligado (dichoso deber por cierto), á repasar el presente discurso, que ahora sale á luz, presentado á la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, con el fin de conseguir en ella su autor el lauro del doctorado, y confieso que leyéndole he experimentado una sorpresa muy grata, ya que, por desgracia, es cosa muy rara hallar en disertaciones de este género el tan rico fondo de sabiduría y las tan bellas

dotes de estilo como aquí he podido apreciar. Yo veo en el discurso del nuevo doctor felizmente hermanadas las letras á la mística teología, representadas en San Juan de la Cruz; y veo confirmada esta sentencia de la estética cristiana, *que más que en ningún otro sistema de cosas resplandece la belleza y el sublime en lo sobrenatural.*

Gloria es á la verdad insigne del *Doctor estático* haber probado en sus producciones poéticas admirables la verdad de esa sentencia, la cual debe guiar á los ingenios verdaderamente cristianos, aunque por ventura la remonte el vuelo hasta la cumbre del monte Carmelo; pero también es honor verdadero el haberlo evidenciado con textos y razones decisivas.

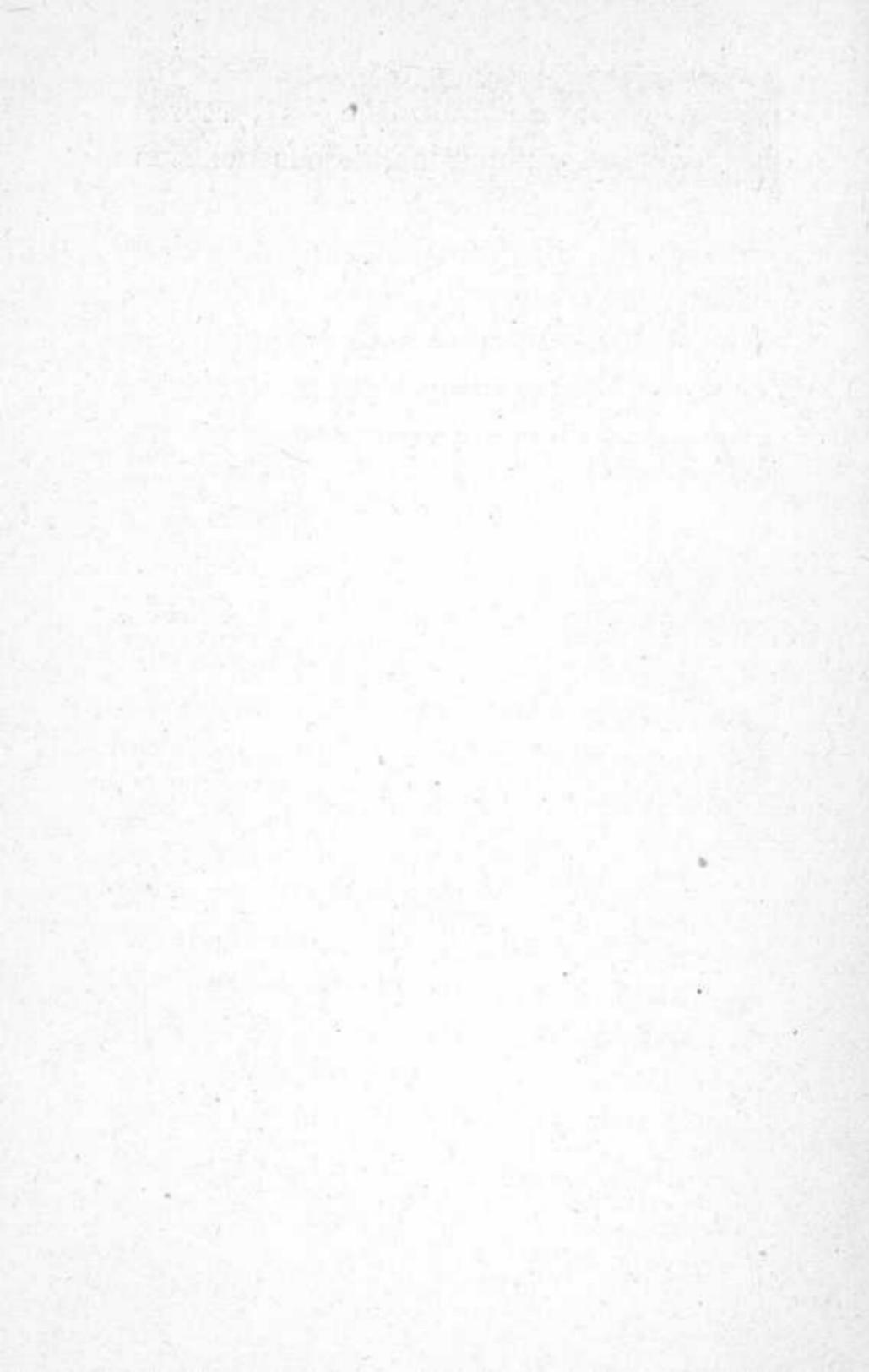
Pues los lectores han de apreciar por sí mismos la excelencia del presente escrito académico, paréceme excusada cualquiera reflexión que á mí se me ocurriera acerca de él, y así me contento con emitir mi humilde juicio, académicamente

confirmado, no dudando que los lectores que conozcan y amen las divinas bellezas de la fe, lo confirmarán también, complaciéndose ante la vista de una producción literaria en donde ya se muestran de presente, y más todavía en esperanza, los frutos del raro talento y de la exquisita cultura de su joven autor.

*J. M. Orti y Lara.*

Madrid 22 de Octubre de 1893







EL MISTICISMO  
DE  
SAN JUAN DE LA CRUZ  
EN SUS POESÍAS (1)

«Estas aguas de deleites interiores no nacen en la tierra.» San Juan de la Cruz á las religiosas de Vea<sup>s</sup>, en carta que se conserva en Pastrana, y que publicó por primera vez Garnica en su «Ensayo histórico.»

**C**UANDO se trata de señalar leyes ó principios generales para explicar los movimientos de la actividad humana en orden á las manifestaciones artísticas del pensamiento por medio de la palabra, ó cuando se quieren determinar los factores principales que han concurrido á constituir el carácter literario de un pueblo, las fuentes de su inspiración, no es posible omitir

---

(1) Discurso para recibir el grado de doctor en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Central, obteniendo la calificación de sobresaliente.—23 de Septiembre de 1893.

ni desconocer la influencia poderosa de la Religión, de tal modo y en tal grado, que si ha podido decirse con fundamento que según es la Religión es el arte, cabe muy especialmente hacer aplicación de esto á la primera y más bella de las artes: la poesía. Y si constantemente el sentimiento religioso ha sido manantial fecundo é inacabable de inspiración poética, hablando de inspiración cristiana se habrá dicho todo para dar á entender lo que en el mundo de la literatura significa y vale un ideal sobre todo otro ideal.

No necesitamos esfuerzos grandes, ni salir de la propia casa, para encontrar confirmadas estas primeras ideas que apuntadas quedan; en el fondo de la poesía castellana, desde sus orígenes y á lo largo de su desenvolvimiento en la historia, palpita y vive el espíritu cristiano animando y dando cuerpo á esos otros ideales de caballeridad y amor á la patria, siempre cantados por nuestros vates. El Cid es la personificación de esas tradiciones gloriosas que conserva y trasmite la literatura española en sus diversos períodos; pero más que otra cosa es el Cid la encarnación de los sentimientos religiosos de su pueblo; es el caballero creyente, cuya sombra resucita á cada paso en las letras castellanas, para mantener firme y robusto el nervio cris-

tiano de la inspiración nacional, como cuando colocado sobre su caballo el héroe de Vivar, en su cadáver vivía para enardecer el ánimo de los valientes y lanzarlos decididos á la victoria. Y sin que esto valga de interrupción, ahora completemos el pensamiento principal iniciado, haciendo observar que ese espíritu cristiano que ha vivido siempre en el fondo de la poesía castellana, es el que ha producido el sinnúmero de cultivadores insignes y aventajados que tiene nuestra *lirica religiosa*; lírica religiosa que al llegar el siglo de oro alcanza grandes vuelos y extraordinario desarrollo presentando una pléyade brillante de cantores, el coro de místicos y ascéticos que, en expresión feliz de un escritor contemporáneo forman la más luminosa constelación del cielo de nuestras letras (1).

¡El siglo de oro!... es el siglo de las grandezas, de los títulos encumbradores, de los días sin noche para España; es el siglo de la fe ardiente engendradora de Santos; de ciencia y arte selectos; de nobles y generosos impulsos. Y en ese siglo, en que todo renacía al soplo creador de la tradición cristiana, cómo ha de causar extrañeza que salgan á luz excelentes

---

(1) El Sr. Pidal, en su discurso de recepción en la R. A. E. 1883.

poetas lírico-religiosos, y que algunos de entre ellos, no habitando ya con los hombres, sino escalando mansiones celestiales, allí quisieran buscar para adorno y gala de las letras patrias la más delicada y preciada flor, la mística; mística del siglo XVI, espléndida, de riquísimo sabor, de mérito imponderable, un como rebosamiento de vida íntima y comunicativa con Dios.

Ahí están nuestros líricos, místicos y ascéticos de aquel período, desfilando en larga y nutrida serie, recibiendo universal renombre, y haciendo enmudecer á las literaturas extranjeras con las exhuberancias de su inspiración; bástame traer á la memoria á un Fray Juan de Avila, con aquella sencillez de corazón que habla en sus *Cartas Espirituales*, con aquella energía y gravedad de su carácter; á un Fray Luis de Granada, señor de la lengua castellana, que revistió el *decir de los místicos* con aquella abundancia y fluidez de su estilo, aquel brillar de sus imágenes, aquella su fascinadora elocuencia; y al incomparable Maestro León, y Malón de Chaide, y un San Juan de la Cruz, y una Santa Teresa, y Juan de los Angeles, Estella, Lope de Vega, Venegas, Zárate, Rivadeneira, y otros tantos cuyos nombres son cifras que todos entendemos, expresión de fisonomías que no se confunden.

Mas para mi propósito, en el presente humilde ensayo, he de concretarme y reducirme de tal manera que, fijando solamente la atención en la mística poética (género literario al que, juntamente con otras derivaciones de la poesía sagrada, nos hemos referido usando la denominación de *lirica religiosa*) nuestro estudio ha de limitarse á una de esas figuras sobresalientes que esmaltan con sus obras las páginas doradas de la literatura patria; tenemos que hacer resaltar en el cuadro de la mística castellana un solo personaje, interesantísimo en grado sumo, y digno, sin duda, de mano más hábil y experta que la nuestra para trazar con acierto sus delicadas líneas.

Y ya que de paso y por incidencia se ha dado alguna explicación de términos, sépase también, aunque fácil ha de ser deducirlo de cuanto en este *Discurso* se contenga, que, si debido á la índole del asunto, parece que no distinguimos entre poesía mística y poesía cristiana, como si ambas voces tuviesen el mismo significado, no entendemos que así sea, no obstante que, para nuestro particular objeto, venga por tal medio á expresarse que, si en el Cristianismo tiene su vida propia y de pureza el misticismo poético, no es posible olvidar esta observación cuando San Juan de la Cruz ha de ser

la figura sobresaliente, el personaje interesantísimo, el poeta singular que en el cuadro de la mística castellana concentre todo nuestro estudio.

La materia sobre la que ha de versar el *Discurso*, no precisa más determinación ni señalamiento, y se habrá adivinado que el tema puede enunciarse desde luego: *el misticismo poético de San Juan de la Cruz*, el misticismo poético del inseparable compañero de Santa Teresa, tanto en las letras como en la vida religiosa, y abrazado también, como la Doctora carmelitana, en la *llama de amor viva* que inflamaba sus corazones para levantarlos á las cosas del cielo. Y basta, en verdad, que se intente hablar de la *lirica religiosa*, de la mística poética castellana, para que asome á los labios el nombre de Juan de la Cruz, colocado en la cumbre de la vida contemplativa, á donde ningún otro pudo llegar ni aun en seguimiento de sus huellas, y síntesis de cuanto el corazón humano ha podido declarar, con armonías nunca gustadas y por superior iluminación, de las excelencias y bondades del amor divino.

Yo no conocí, diré, como de Santa Teresa escribía el autor de *Los Nombres de Cristo* (1), yo

---

(1) En el «Prólogo» á la primera edición de las Obras de la Santa.

no conocí á San Juan de la Cruz; yo no recreé mis ojos en aquellos ojos de mirar suave, en aquella frente ancha y espaciosa, ni contemplé aquel su aspecto grave, apacible y sobremanera modesto (1); pero tengo en mis manos sus obras, y sin haberle visto ni escuchado, y sin necesidad de seguir á sus biógrafos para admirar lo extraordinario y santo de su vida, por sus libros, que son *testigos fieles é imágenes vivas*, sé que fué, más que hombre, un angel, excediendo su grandeza de lo terreno, y que algo de sobrenatural y misterioso recubría su lenguaje, dando carácter á su poesía.

Y es, que si en toda clase de obras literarias deja el artista de la palabra señales de su genio y de su personalidad (de donde cabalmente proviene la obscuridad cuando se anda en busca y separación de elementos objetivos y subjetivos), y sí en el lirismo, expresión de la belleza del propio sentir, se transparenta y dá á entender lo que el poeta es allá, en sus interioridades, en la poesía mística cristiana bien puede decirse que el alma vive y se agita en sus cánticos, que el alma del místico se descubre y revela tal cual es en el estado especialí-

---

(1) V. Compendio de la vida del B. P. San Juan de la Cruz, por el P. Jerónimo de San José: Capítulo XX.

simo de la comunicación íntima con Dios y de su aspiración sin descanso ni trégua á la unión extática; y todo con el sello individual y personalísimo del poeta que, en su ortodoxia, sabe no es la absorción panteística la que ha de coronar eternamente sus ánsias, sino una posesión de amor lograda por inefable conjunción de esfuerzo humano y dispensaciones divinas. *Subida del Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma*, *Cántico Espiritual*, y *Llama de amor viva*, he ahí los títulos de las obras principales de San Juan de la Cruz, en las que encontramos recogido su espíritu, vivo su corazón y animada su palabra; las cuatro forman el más completo tratado de mística Teología, con una ciencia del sér y del alma, y con un lenguaje poético, adecuado todo y propio del estado perfectísimo que supone el trato íntimo con Dios, Sér en absoluto perfecto. Y son á la vez estas obras los testigos fieles de la gran virtud y de la *celeste sabiduría* (1) de San Juan de la Cruz.

Un solo momento representan en el plan de la mística la *Subida del monte Carmelo* y la *Noche oscura del alma*, y ambas composiciones

---

(1) La Iglesia dice en el Oficio del Santo: «Libros de mystica theologia cœlesti sapientia refertos conscripsit, admirabiles pleni omnium indicio.»

podieran reducirse á una que con propiedad llevaría cualquiera de los dos títulos, expresándose ya la relación de fin, ya la relación de medio á fin. Tanto en la *Subida del Monte Carmelo* como en la *Noche oscura*, se incluye toda la doctrina que después ha de tratarse, en ocho bellísimas canciones, colocadas al principio de estas obras, y cuyo sentido se explica y declara en el texto. Sírvenle estas canciones como el mismo Santo poeta dice, (1) para fundar cuanto entiende ha de tratar, y en ellas contiene *el modo de subir hasta la cumbre del Monte, que es el más alto estado de la perfección, la llamada unión del alma con Dios; y el camino de esa perfecta unión y los efectos admirables que causa en el alma que á ella ha llegado* (2).

De igual procedimiento se vale para la exposición del *Cántico Espiritual* y de la *Llama de amor viva*, empezando por las canciones que luego desenvuelve con anotaciones y comentarios.

Y con una indicación así, general, de la prosa de San Juan de la Cruz hemos de contentarnos, pues mucho nos apartaría de nuestro pen-

---

(1) Argumento de la *Subida del Monte Carmelo*.

(2) Argumento de la *Noche oscura del alma*.

samiento, y no ciertamente porque estuviera fuera de oportunidad, el análisis detenido y el estudio especial de todos esos comentarios con que declara y anota el intento y materia de sus canciones, ya al explicar cómo ha de pasar el alma por la *noche oscura* que la conducirá á la contemplación de Dios, libre y sin obstáculos, engolfándose en su amor, ya cuando se determinan y califican los efectos de la purificación venciendo en la *noche del sentido* los vicios y pecados, y en la *noche oscura del espíritu* sus fuerzas é inclinaciones naturales; ya también, y finalmente, al señalar las vías del ejercicio espiritual para llegar al último y más perfecto grado, á la unión íntima, *transformada ya el alma interiormente en fuego de amor*.

Y se ha dicho que no ciertamente por ser asunto extraño y carecer de oportunidad, nos apartamos de un minucioso examen de los comentarios y ampliaciones; y así es en efecto, pues para presentar al doctor extático como poeta místico parecería incompleto cuanto se dijese, si los límites de un discurso lo permitieran, deteniéndonos tan sólo en la delectación de las canciones, que si poesía encierran sus rimas, bien merecen el mismo dictado las dulces y escondidas melodías de su prosa.

¡Quién me diera entendimiento y memoria

para esos escritos! No una, sino muchas veces, de no caer en temeraria irreverencia, fuese necesario leerlos (¡y con qué sentido más despier-to!) para no andar á tientas é inseguros por entre tanto misterio de sublime teología, y tan alta metafísica y psicología.

Bien sé que para empresa de tal magnitud, y aun para la que vamos intentando realizar, hay que sentir con el ardor que sentía el poeta místico por excelencia, si su lenguaje no ha de imaginarse que pertenece á otro mundo y á otros hombres; no se oculta á nuestro pensar que sólo un alma privilegiada es capaz de tocar en las cimas á donde llegó el bienaventurado Juan de Yepes; y en el conocimiento propio, sinceramente confesamos que á pobres entendimientos como el nuestro no les es dado abarcar la inmensidad por la que con majestoso vuelo cruzó el celestial ingenio carmelitano. Séanos, pues, permitido descansar en aquella suavidad apacible con que supo San Juan de la Cruz avalorar sus místicas poesías.







## I

**E**L *nosce te ipsum* de la filosofía pagana, logrado á costa de tantos esfuerzos de la inteligencia en lucha con la limitación de sus alcances, causando al proclamarlo la escuela socrática como su principio una completa revolución en el mundo de las ideas é imprimiendo nuevas direcciones á la especulación racional con el planteamiento del problema antropológico, sirvió luego para que otras filosofías y otras escuelas fundamentasen en ese primer conocimiento el sistema general de la ciencia humana, y para que la doctrina de la verdad y de la luz, haciéndolo también suyo, lo llevase á la práctica de la vida como piedra de toque de la conducta moral. Pues bien; en el pórtico de la mística ortodoxa, y traducido al lenguaje cristiano, se ha escrito el *nosce te ipsum*, y el místico, an-

tes de penetrar en el misterio de la identificación por amor de su alma con Dios, empieza por preguntarse ¿quién soy yo? y cuando sabe que es nada se interroga ¿quién es Dios? y al maravillarse de la infinitud de El que es, lleno de asombro y confusión santa, se dice: ¿cómo, Dios y yo somos una misma cosa? Por donde, de lo dicho, puede venirse en deducción de los tres puntos capitales de que habla San Buenaventura al señalar los términos del arte de la mística; es la misma doctrina de San Dionisio Areopagita (1) cuando recomienda que *en el ejercicio interno de la contemplación* se ha de comenzar por la abstracción de los sentidos y operaciones intelectuales, subiendo, sin que nada distraiga á el alma, á la *unión con Aquel* que es sobre todo esencia; y es, finalmente, el camino que San Juan de la Cruz traza al místico (2) y él sigue, con paso firme, en sus composiciones poéticas, como haremos notar en el desenvolvimiento de nuestro tema.

El místico ha de partir del conocimiento de sí mismo, como el filósofo y el moralista. Y no temo decir que á semejanza del filósofo, porque si bien sé que *es el misticismo ciencia y ex-*

---

(1) *Mística Teología*, Cap. I, párrafo I.

(2) Véanse los capítulos V y VI de la *Noche oscura*, Lib. II.

*periciencia de lo sobrenatural* (1), no he de negar filosofía al místico, ni dar por este lado armas al racionalismo para que contra toda verdad discuta y no quiera reconocer en el misticismo cristiano el ejercicio de la razón, cuando precisamente aplicándose al conocimiento de Dios, del hombre y del mundo, con tanta claridad se muestra en la doctrina del gran místico, nuestro poeta San Juan de la Cruz; de quien como si no fuera bastante lo que en sus obras se lee, fundado en los principios de Aristóteles y en general de la filosofía cristiana, nos han quedado más pruebas en sus *Avisos y sentencias*. *A ninguna criatura, dice, le es conveniente salir fuera de los términos que Dios le tiene naturalmente ordenados....., términos naturales y racionales; el que obra según razón, es semejante al que usa de alimento sustancial y fuerte; entra en cuenta con tu sazón para hacer lo que ella te dice en el camino de Dios; la razón guía y encamina al alma en sus operaciones* (2).

No será una filosofía sistematizada, pero filosofía hay en la mística, como hay una Teolo-

---

(1) El docto Sr. Orti y Lara en el *Prólogo á las obras del V. P. San Juan de la Cruz*, edición de 1872.

(2) *Avisos y sentencias espirituales*, § VI, 164, 163, 161 y 167.

gía, y una Ontología y una Poesía mística; la revelación no anula ni eclipsa á la razón, es su complemento; ó mejor diré, la razón no es más que una revelación, porque revelación es la he-cha por Dios al hombre, concediéndole una participación y destello de su razón increada é infinita.

Pero volvamos á nuestro punto de partida, y con las obras de San Juan de la Cruz á la vista, observemos cómo se desenvuelve en ellas el plan de su misticismo poético (1).

El alma del místico no puede vivir fuera de sí (2); sin salir de ella, en la conversación interior, se la ofrece un mundo de nunca alcanzados horizontes; recibe gracias y dones y luces, se reconoce criatura finita y limitada, las grandezas de Dios la confunden y anonadan en su

---

(1) Como ya se ha indicado en otro lugar, las *Canciones* de la *Subida del Monte Carmelo* y de la *Noche oscura*, por donde se comienza este estudio, son las mismas, y la doctrina que contienen se reduce fácilmente á una: explicar la *Noche* porque pasa el alma en *desnudez y purgación suya á la unión del Amado*, y ponderar después, *estando ya en la perfección*, recorrido *ya el estrecho camino de la vida eterna*, los efectos de las purgaciones espirituales y de la iluminación y unión de amor con Dios.

(2) No se pierda de vista el momento en que consideramos ahora al místico, momento como de iniciación y en el orden ideológico.

pequeñez. En este ejercicio se educa, y estimando cada vez mayor la distancia entre el sér de las cosas y el sér infinito, y considerarlo á toda hora la Bondad, la Justicia, la Providencia, la Eternidad, la Sabiduría, la Misericordia de Dios, despiértase en su corazón el afecto tiernísimo del amor; ama y desea con ansia la posesión del Amado, no descansa sino en la unión á Él, y entrando por la *noche oscura* del sentido, pasa por la desnudez de sus apetitos *acerca de todas las cosas exteriores del mundo y de las que eran deleitables á su carne, y también de los gustos de su voluntad* (1), pues así es necesario para llegar á tal sublimación y estado tan perfecto. Y *sosegada ya la casa*, amortiguados y dormidos los gustos, con esa desnudez que *no consiste en el carecer de las cosas*, sino en la falta de *voluntad de ellas* (2), el alma, por venturosa dicha, sale á la *noche de la fé*, que también es noche la fé para el entendimiento, por ser *escura, y sin ser notada*, sin que nada se lo impida se dirige, inflamada en ansias de amor, á Dios, que *por ser incomprehensible y infinitamente excedente*, se puede decir es noche, pero

---

(1) *Subida del Monte Carmelo*, Capítulo I, Libro I.

(2) *Idem*, Capítulo III, Libro I.

ya inmediata á la luz del día, es como el despedimiento de la *Noche oscura* (1).

El poeta ha encontrado manera sencilla y peregrina para expresar los sentimientos de su alma mística:

En una noche oscura  
Con ansias en amores inflamada  
¡Oh dichosa ventura!  
Salí sin ser notada  
Estando ya mi casa sosegada.

Ha rasgado suavemente el aire, y libre del cerco y sujeción de los *apetitos naturales*, halla el alma su *quietud y descanso*, porque *no codiciando nada, nada le fatiga hacia arriba y nada hacia abajo la oprime*; y colocada en este centro, para gustarlo y saberlo todo, nada quiere gustar ni saber, y para poseerlo todo no quiere tener nada (2).

No se ha de quedar en este sosiego y quietud el alma que ha roto el cautiverio del cuerpo, y que *va de vuelo*; por eso se interna en la segunda noche, la del espíritu, más que noche *escuridad*, pues por oscura *que una noche sea, todavía se vé algo, pero en la escuridad no se*

---

(1) *Subida del Monte Carmelo*, Capítulo II, Libro I.

(2) *Idem*, Capítulo III, Libro I.

*ve nada* (1). Aquí, en la *Noche de la Fé*, que ha de abrirse con el acercamiento de la luz, no hay entendimiento ni razón como en la privación y noche del sentido; todo es tinieblas, y de ahí que sea aún mayor la ventura y la dicha que ahora canta el alma al vestirse con la Fé y desnudarse de las imperfecciones espirituales:

A oscuras, y segura  
Por la secreta escala disfrazada,  
¡Oh dichosa ventura!  
A oscuras, y en celada,  
Estando ya mi casa sosegada.

Y sale el alma *disfrazada*, para que no siendo conocida nada pueda oponerse é impedirle en su camino, y así, *segura* y bastándole *la afirmación de las potencias y de todos los gustos y apetitos espirituales en pura fe* (2), sube las gradas de misteriosa escala que *penetra hasta lo profundo de Dios*.

Tiene el lenguaje de San Juan de la Cruz algo que, á pesar de su ininteligible superioridad para quien no habita en el mundo de la comunicación divina, despierta el sentido y aviva las potencias del alma; algo que á modo de resorte secreto, de intérprete hábil, nos hace

---

(1) *Subida del Monte Carmelo*, Capítulo I, Libro II.

(2) *Idem*, lib. II, cap. I.

entender y gustar de las cosas espirituales, si quiera tengamos que quedarnos tan abajo y tan menguados siempre. La *reforma*ción y *enfrenamiento del apetito*, que así dice San Juan, debiera llamarse la noche del sentido (1), no parece podía encontrar más propia figuración que la de una *noche oscura*, y por noche la hemos tenido, conduciéndonos á través de ella el místico espíritu de San Juan de la Cruz con el mágico poder de su palabra; nos ha llevado también por entre la oscuridad y tinieblas de la fe, haciéndonos entender cómo si la dichosa noche del espíritu *escurece* á éste, *no lo hace sino para darle luz de todas las cosas, y aunque le humilla y pone miserable, no es sino para ensalzarle y libertarle, y aunque le empobrece y vacía de toda posesión y afición natural, no es sino para que divinamente pueda extenderse á gozar y gustar de todas las cosas de arriba y abajo, siendo con libertad de espíritu general en todo* (2). Ya nos ha dominado el deseo de que el alma se apresure á pasar por esa otra tercera noche, de que llegue el *ante lucem*, principio del día, momento primero de ilustración sobrenatural que ha de consumarse en aquel momento de

---

(1) *Noche oscura*, lib. II, cap. III.

(2) *Idem*, lib. II, cap. IX.

eterno gozar, de la perfecta unión con Dios; y eso es lo que ahora canta el poeta, abismado en la contemplación, adelantando por la soledad y el secreto, sin estorbo ni tropiezo, fija su mirada en el foco y centro de su vida, y guiado solamente por la luz de la fe y la llama del amor:

En la noche dichosa  
En secreto, que nadie me veía,  
Ni yo miraba cosa,  
Sin otra luz ni guía  
Sino la que en el corazón ardía (1),  
Aquesta me guiaba.  
Mas cierto que la luz del medio día,  
A donde me esperaba,  
Quien yo bien me sabía,  
En parte donde nadie parecía.

¡Quien yo bien me sabía! No pasemos de aquí. El alma mística ha llegado á la contemplación de Dios *caminando con la fe*, y ha llegado

---

(2) Con esta tercera canción concluye la materia que se declara en la *Noche oscura*, de cuyo libro diremos aquí que puede considerarse como una exposición didáctica de la mística; y así lo hace entender cierto carácter de dirección ó educación mística que en su lectura se observa fácilmente; enseñanza para los principiantes, aprovechados y perfectos, que tales son los grados de la vida contemplativa correlativos con las tres noches para la unión del alma con Dios.

á conocerle en toda su realidad infinita (1), como centro en que halla descanso y reposo. Sí, en Dios únicamente está ese centro para el místico, como lo está para toda vida y para todas las aspiraciones del corazón humano, inquieto siempre hasta no encontrar en Él la paz y el sosiego. Y en esa contemplación de Dios por la fe, el místico espera la unión de amor, gozando anticipadamente de la visión beatífica; que condición es esta de la virtud de la esperanza.

Pero adviértase que hablamos de Dios, no como idea abstracta del sér absoluto, ni como *Nirvana* en que toda existencia existe para no existir ninguna; que no nos referimos al *Uno* indeterminado, ni á la precepción de la sustancia única, eterna y sin límites. Hablamos de Dios, Sér real sobre todo ser y sobre toda realidad; de Dios sustancial y con atributos esenciales, que infortunio fuera para el hombre no serle dado predicar de Dios Bondad, Belleza y Verdad, por estar tomadas estas nociones de nuestra imperfecta condición, y formadas por semejanzas y deducciones, por los procedimientos lógicos de nuestra limitada intelligen-

---

(1) *Subida del Monte Carmelo*, lib. II, capítulo IX.

cia (1); nos referimos á la contemplación de Dios, Oceano inmenso de amor, Dios bondad suma, Dios comunicándose al corazón humano, Dios redentor, que no otra es la fuente de la que á raudales recibe la gracia el alma del místico, y su poesía el cantor de las delicias espirituales, de los arrobamientos y éxtasis de amor.

---

(1) Decimos esto porque conviene hacer hincapie y salvar, en este punto, la objetividad de nuestros conocimientos; no es recomendable á nuestro pobre juicio, tratándose del conocer á Dios (en la condición de la vida actual) el método llamado *per ablationem*, respecto á aquellos mismos atributos que se han afirmado de El; pues es impropio modo é inútil el negarlos para querer decir que no se aplican á Dios con la imperfección que lleva consigo todo concepto humano. A mí nunca me ha ocurrido pensar que la bondad en Dios tiene ó implica imperfección alguna, porque por abstracciones me haya elevado á esa idea, y porque con ese mismo nombre designe la cualidad de existir en los seres y la finalidad de las acciones humanas; siempre he creído que aquella Bondad es una realidad infinita, que es sobre toda bondad, y que la de nuestros actos y de nuestro sér se mira en Ella como en su tipo y modelo perfecto, y lo mismo de toda belleza y verdad. Jamás se me ocurrirá decir *per ablationem* que Dios no es Bondad, cuando mi razón y mi fe me dicen que es la Bondad misma, y cuando á Ella tiendo por irresistible impulso depositado en mi voluntad.

La cuestión es interesante, pero aquí incidental; basta, pues, con lo dicho.

*Solo Dios basta*, decía la ínclita Santa Teresa (1), y nuestro poeta San Juan de la Cruz cantaba:

    Mi alma está desasida  
    De toda cosa criada  
    Y sobre sí levantada  
    Y en una sabrosa vida  
    Solo en su Dios arrimada. (2)

Sabrosa vida, gozar suavísimo y sin medida de tiempo, que entreveía Fray Luis de León cuando después de admirar la belleza y el orden de la creación, todo le hacía pensar en la Divinal hermosura del Creador, todo le hacía subir más alto, y exclamaba:

No quiero desde hoy más amor del suelo (3).

Y si por lo tocante al conocimiento que de Dios logra el místico en la contemplación, ha podido apreciarse cuán á distancia se coloca el místico ortodoxo de los errores panteísticos, no hay que temer se disminuya y aproxime en

---

(1) En las máximas que escribió en un registro de su Breviario.

(2) «Devotas poesías».—*Glosa á lo divino*.

(3) «Y pues toda la tierra—Tan fea me parece viendo el cielo—Y todo lo que encierra el estrellado velo—No quiero desde hoy más amor del suelo».—De la *Lira en loor y honra de Dios Nuestro Señor. Tomando ocasión de las criaturas*.

el no haber más que Dios y su alma con Dios, que compendia y resume todo cuanto puede disertarse acerca de la vida mística; en ese no haber más que Dios y su alma con Dios, cantado con tanta expresión y afecto por San Juan de la Cruz al ensalzar la venturosa noche de la fe, *noche amable más que el alborada*, noche que juntó

Amado con amada,  
Amada en el Amado transformada.

No ya sólo aquí, donde claramente se adivina el sentido místico de la frase, si que también en otros pasajes y aun en los éxtasis y arrobamientos de contemplación, como San Juan de la Cruz y Santa Teresa (1) especialmente ense-

---

(1) Léase lo que á este propósito se encuentra en la *Declaración del Cántico Espiritual*.—Canc. XIII.—*Noche oscura*: cap. V.—*Llama de amor viva*; declaración del verso VI. (Véase también lo que Santa Teresa escribe á los capítulos XVIII y XIX del *Libro de su vida*).

El P. Scaramelli, S. J., resume en parte su doctrina acerca de estas materias, diciendo «que con la unión perfecta y estable (alude á la unión mística), se compone muy bien en un alma la potencia libre de pecar y una cierta inseparabilidad de Dios, que las escuelas llamarían consiguiente, lo cual nada perjudica á la libertad de la criatura racional». (*Directorio místico*.—Tr. III.—Capítulos XXI y XXIII).

Palabras son de San Juan de la Cruz al tra-

ñan, no hay aniquilamiento ni absorción del alma en la sustancia divina, ni siquiera verdadera vida aparte del cuerpo, pues continúa informándole y rigiéndole, y ella con la plenitud de acción de sus potencias.

El concepto de un Dios personal y providente, y la conciencia del alma individual y libre; la idea de la perfección absoluta en Dios, y la convicción de la propia pequeñez y miseria en

---

tar en el Lib. II, Cap. V de la *Subida del Monte Carmelo*, de qué cosa sea unión del alma con Dios, y distinguir la unión de presencia sustancial que siempre hay en todas las criaturas, de la unión y transformación por amor, unión de semejanza, las siguientes: «La cual (la unión de amor) es cuando las dos voluntades están en una conformes, no habiendo en la una cosa que repugne á la otra»... Así quedará el alma transformada en Dios por amor..... sin tener en sí alguna mezcla de imperfección, y así se puede hacer pura transformación por participación de unión, aunque no esencialmente..... y el alma más parece Dios que alma, y aun es Dios por participación, aunque ES VERDAD QUE SU SER NATURAL SE LO TIENE TAN DISTINTO DEL DE DIOS COMO ANTES, AUNQUE ESTÁ TRANSFORMADA.

No molestaremos con más textos: para la inteligencia de algunos términos, que como el de *aniquilación* del alma pudieran atribuirse ó aplicarse á la enseñanza mística de San Juan de la Cruz en un sentido impropio nos remitimos á los *Apuntamientos y Advertencias* del P. Fr. Diego de Jesús (Salablanca) en su Discurso primero.

el hombre, son verdades y principios que nunca se olvidan en el misticismo cristiano; y faltando alguno de ellos, ciertamente no nos explicaríamos la razón que pudiera alegar la mística para su existencia. Véase cómo no hay que afanarse mucho para demostrar que el panteísmo concluye con la mística; es incompatible con ella.

Ocasión oportuna y coyuntura propicia sería ésta si no hubiera tanto camino por recorrer, para detenernos en confirmar las excelencias del misticismo ortodoxo sobre cualquier otro misticismo sostenido por una filosofía y una religión más ó menos alejadas de la verdadera filosofía y de la verdadera religión. Sea bastante, para nuestro objeto, lo que dejamos dicho, repitiendo sin cansancio un legítimo axioma que puede aprenderse con la lectura de las obras de San Juan de la Cruz; y es, que sólo el misticismo cristiano, en donde el alma encuentra dilatados sus horizontes y colmadas sus ansias, es el que puede engendrar y dar calor á una poesía que hace al poeta intérprete de coloquios de amor entre el Creador y la obra predilecta de sus manos; que los ideales cristianos son los únicos que saben inspirar sublimes concepciones, afectos tiernos y purísimos.

No tengo por ociosa la repetición de eso que

acabo de apellidar axiomático, ni está demás el decir que puede aprenderse en las obras de San Juan de la Cruz; pues todo esto, sirviendo de conveniente transición, nos conduce muy á punto á reanudar la exposición de las *Canciones* por donde ahora toca hacerlo. Y no causará fatiga que para ello de nuevo paladeemos aquella:

Oh noche que guiaste,  
Oh noche amable, más que el alborada;  
Oh noche que juntaste  
Amado con amada,  
Amada en el Amado transformada.

Pues bien, en este paralelismo y comunicación íntima que ha empezado á gustar el alma, cuando *vacía, perfecta y voluntariamente de todo lo que puede caber en ella*, y con luz y guía que alumbra más y lleva más alto que su razón, sale de sí *entendiendo, sintiendo y gustando* de Dios, y por *gracia y amor* va descubriendo sus perfecciones infinitas, algo de lo que *ni ojo jamás vió, ni oído lo oyó, ni cayó en corazón ni pensamiento de hombre, y que Dios tiene preparado para los que le aman* (1); en este paralelismo y comunicación íntima, decimos, el poeta, que es el alma hablando, atesora en su fantasía

---

(1) Vid. *Subida del Monte Carmelo*, Lib. II, capítulo IV.— El texto, de San Pablo. I ad Cor. 29.

los más ricos colores y los más delicados tonos en su lira; en su corazón las finezas del sentimiento, y giros, y modos, y descripciones para su lenguaje que, si pueden parecernos orientales, de donde vienen es del cielo.

En mi pecho florido  
Que entero para él sólo se guardaba,  
Allí quedó dormido,  
Y yo le regalaba,  
Y el ventalle de cedros aire daba.  
El aire de el almena,  
Cuando ya sus cabellos esparcía  
Con su mano serena,  
En mi cuello hería,  
Y todos mis sentidos suspendía.

Más viveza y energía, sin decaer el mismo espléndido estilo alegórico, ha de notarse llegando á la última de estas canciones, expansión del alma que viene como á consumarlo todo con la vehemencia y ardor de sus deseos y la secreta dulzura de sus afectos, coronamiento digno para tantas bellezas vestidas con la fina labor de un hermoso ropaje.

Quedéme y olvidéme,  
El rostro recliné sobre el Amado,  
Cesó todo, y dejéme,  
Dejando mi cuidado  
Entre las azucenas olvidado.

Si, refiriéndonos á la mística poética de San Juan de la Cruz, alguna vez creemos andar cuerdos y acertados, es cuando confesamos que no cabe otra cosa sino prestarle el testimonio de reverente admiración debido siempre á poesía tan alta, angélica, celestial y divina; pues como dice el Sr. Menéndez y Pelayo (1), no parece ya de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios. Acaece aquí al crítico y al literato, lo que á los agiógrafos para entender de la santidad en aquel grado y persona objeto de su atención, grave aprieto y no pequeña dificultad si no son también Santos: el alma mística de San Juan de la Cruz, entrando en *la batalla de la vida espiritual*, ha ganado los *siete grados de amor* en lucha con la bestia del Apocalipsis, y á sus empujes han flaqueado las armas enemigas, y han ido cayendo una á una las siete cabezas del mónstruo (2); el alma mística de San Juan de la Cruz ha llegado á la unión estática corriendo holgadamente por las sendas de la espiritualidad y vida contemplativa; ha subido libre de sus aficiones, por la *secreta escala dis-*

---

(1) *De la poesía mística*.—Discurso de recepción en la Real Academia Española, 1881.

(2) Vid. *Subida del Monte Carmelo*.—Libro II, Cap. XII.

*frazada* (1) hasta lo último y más alto de ella donde *estriba Dios y nada hay encubierto*, y allí, engolfándose *en el centro de su esfera*, ha llenado su corazón de divino amor y luego ha entonado sus canciones. ¿Quién será capaz de juzgar lo que dicen, con juicio y entender de hombres?

---

(1) *Noche oscura*.—Libro II, Caps. XIX y XX en los que se explican los diez grados de la escala mística de amor divino, según San Bernardo y Santo Tomás.







## II

**E**L místico, decíamos al comenzar, parte del conocimiento íntimo de donde tanto provecho procede para el alma *como de su origen y fuente*, y tiende al conocimiento de Dios, al que le conduce la Fé, recibiendo el alma iluminación de las *grandezas y excelencias* divinas, al propio tiempo que advierte *las miserias y bajezas* suyas (1); ha entrado ya, añadiremos ahora, en el *servicio de Dios*, y avanzando por *las vías del ejercicio espiritual* no ha de prolongarse mucho su pena, que á la mano está aquella playa deleitosa de la unión de amor, del estado perfec-

---

(1) *Noche oscura*.—Libro I, cap. XII, Lib. II, capítulos V y VI. Pueden citarse en apoyo de los conceptos que hemos emitido acerca de la mística en general.

tísimo del *matrimonio espiritual*; (1) sus velas desplegadas no tienen otro norte ni otra mira. El místico se ha preguntado: ¿cómo Dios y yo somos una misma cosa? y le ha sido dada inteligencia de ello, y el Espíritu del Señor ha hecho morada en su alma, informándole de su amor, para que éste sea el brazo fuerte al que nada se resista ni oponga, y para que todo sea vida y obra suya. Obra del amor es, sí, la herida abierta en el alma, que la hace salir en busca del Amado, *querellándose de su ausencia*, pues *no tiene claridad ni certeza de la posesión del Esposo en esta vida*; obra del amor es, que *no bastándole medianeros* que lleven el *secreto del corazón* á Quien ha de saberlo, el alma que *adolece, pena y muere* se entregue á *las virtudes y prácticas del espíritu*, asegurándose en el conocimiento de sí, y sin despreciar las *noticias* que las criaturas le dan de aquella Hermosura que todo lo deja vestido de sus gracias; obra del amor es, que padezca y sufra el alma más cuanto más se acerca á Dios, hasta que, siguiendo en su querella, se *vuelve al Esposo*, se pone en sus manos, recibe un *rayo de luz sobrenatural*, y es recogida, *como paloma en el arca*, en el *amor y caridad del Amado*; allí, es obra

---

(1) Argumento del *Cántico Espiritual*.

también del amor, el que acabe de sufrir y penar para nunca concluirse los goces y deleites del *desposorio espiritual*, ni marchitarse las gracias, ni cesar los dones de la comunicación entre Dios y el alma; estado dichoso que se consolida en el *místico matrimonio*, vestida el *alma de Dios* y *bañada en su Divinidad*, y llamada *Esposa* porque tiene *amor perfecto*, gozándose en el Esposo, asemejándose con Él y poseyendo sus secretos (1).

Tales prodigios del amor místico son el asunto que San Juan de la Cruz explana en su *Cántico Espiritual entre el alma y Cristo su Esposo* (2), declarando *varios y tiernos afectos de oración y contemplación en la interior comunicación con Dios*; «*Cántico Espiritual*» que es la más hermosa paráfrasis del «Cantar de los cantares» inspirada en aquel divino epitalamio que

---

(1) Fundado en la declaración y anotación que precede á cada una de las cuarenta canciones del *Cántico espiritual*, y fijándome en lo más esencial, que señalo con palabras textuales, presento así en síntesis el pensamiento místico que desarrolla San Juan de la Cruz.

(2) El original se conserva como reliquia en el convento de Carmelitas Descalzos de Jaen. Con algunas alteraciones en el orden y mutilado en varios lugares se incluyó en las ediciones anteriores á la publicada en Sevilla el año 1702, y en la cual aparece corregido y completado el texto.

simboliza proféticamente los desposorios de Cristo y su Iglesia, tomando del alegorismo bíblico la *significación mística y psicológica de la unión del alma con Dios* (1). Y por ser tal la alteza y calidad de las cosas que se tratan, y tan cierta, por otro lado, la advertencia de San Juan de la Cruz de que *ignorancia sería pensar que los dichos de amor é inteligencia mística con alguna manera de palabras se puede bien explicar* (2), es necesario recurrir á *figuras, comparaciones y semejanzas* para que en ellos pueda contenerse algo de lo mucho en que abunda el corazón místico del poeta, que ni él mismo que lo siente puede ni sabe declararlo con razones.

Cuál ha de ser el ímpetu y fuego de estas *canciones* escritas con *fervor de amor de Dios*; qué afectos de tanta suavidad y delicadeza los que en ellas se respiran; qué alientos los del corazón amante; qué regalos y generosidad por parte del Amado; qué facilidad y gracia la del estilo, y qué significación y pureza la de las palabras, ccsa es que sin decirla expresamente, puede saberse. Quédense, pues, *los dichos de*

---

(1) Del Sr. Valera, en el Discurso de contestación al Sr. Menéndez Pelayo en la recepción de éste en la R. A. E.

(2) Prólogo del *Cántico Espiritual*.

*amor* en toda su *anchura*, y cada uno se *aproveche de ellos*, oyendo al poeta, *según su modo y caudal de espíritu*, que preferible es esto á un sentido que no se avenga ni acomode á todo paladar (1); pero cuídese muy bien de entenderlo todo en el espíritu de amor y sencillez en que está moldeado, pues de otra suerte, perdida la orientación, no se dará un paso en seguro, se juzgará con mezquindad y torcidamente de su valor y mérito, no se gustará del sentido místico, profundamente psicológico y lleno de encantos, de verdad y de belleza, se tendrán por frías y muertas las animadas y vivas descripciones, por mudos los expresivos cuadros, por obscuridad lo que es luz, por humano lo que es divino, y el alma grande del poeta pasará como encubierta y sin ser conocida ni admirada.

Dispuestos con ese espíritu de amor y sencillez, y de inteligencia mística, hasta donde pueda llegar nuestro esfuerzo, y levantados de corazón, oigamos cómo principia el alma su querrela al sentirse herida de amor y salir en busca del Amado, pues ha de padecer su ausencia en esta vida mortal sin tener la *clara visión* y *pre-*

---

(1) Vid. el Pólogo al *Cántico espiritual*, ya citado.

*sencia* de Dios, que ahora desea, y en la que ha de ser ratificada en la otra (1). Por eso dice:

Adónde te escondiste,  
Amado, y me dejaste con gemido,  
Como el ciervo huiste (2),  
Habiéndome herido;  
Salí tras tí clamando, y ya eras ido.

Así desata el corazón su lengua, despidiendo el alma, de su pecho, esta amorosa queja al ser herida *de escondidos toques* con que Dios la visita para aficionar su voluntad (3); amorosa queja cuyos ecos recogerán los *pastores* aquellos que la *apacientan de bienes espirituales* (4), y que ella va repitiendo por *montes y riberas* sin que nada distraiga su atención ni la detenga, pues ni *cogerá las flores, ni temerá á las fieras y pasará los fuertes y fronteras* (5); su *adolezco, peno y muero* hará romper el silencio

---

(1) Declaración de la Canc. I, verso *A dónde te escondiste*.

(2) *Similis est dilectus meus capræ, hinnuloque cervorum*, dice la Esposa del Esposo en el Cant., Cant. 2, 9.

(3) Prólogo del *Cántico espiritual*.

(4) *Llamando pastores á sus deseos y afectos y gemidos por cuanto apacientan al alma de bienes espirituales*.—Decl. Canc. II.

(5) Declaración del verso *Habiéndome herido*.—Canc. I.

á la naturaleza; y el artista, inspirado del cielo, hallará en el mudo lenguaje de las criaturas rasgos magníficos de la hermosura y grandezas de Dios:

Oh bosques y espesuras,  
Plantadas por la mano del Amado,  
Oh prado de verduras,  
De flores esmaltado,  
Decid si por vosotros ha pasado.

.....

Mil gracias derramando  
Pasó por estos sotos con presura,  
Y yéndolos mirando  
Con sólo su figura  
Vestidos los dejó de su hermosura.

Mirar de Dios que, si dejó acabadas y perfectas todas las cosas que salieron de sus manos, y vestido de alegría el Universo todo, ha dado también vida y expresión á las palabras del poeta, las ha engalanado con sus gracias para que sepan proclamar su gloria.

Pero esas comunicaciones que, por las criaturas, recibe el alma de su Amado, no quietan su apetito, pues ese más inmediato conocimiento que de Él tiene aumenta más y más el fuego de su amor y ahonda el pesar de la ausencia; y como lo que apetece y quiere es el

todo, la posesión perfecta, y de eso no le dan noticias, exclama (1):

No quieras enviarme  
De hoy más ya mensajeros  
Que no saben decirme lo que quiero.

Y la herida de amor se hace llaga, porque en otro orden más superior, cuanto los ángeles y los hombres enseñan al alma de su Amado, más de Él la enamoran y la dejan muriendo con *un no sé qué*,

que quedan balbuciendo (2).

.....  
Mas ¿cómo perseveras,  
Oh vida, no viviendo donde vives?

.....  
.....  
¿Por qué así la dejaste,  
Y no tomas el robo que robaste?  
Apaga mis enojos

.....  
Descubre tu presencia,  
Y máteme tu vista y hermosura;  
Mira que la dolencia  
De amor, que no se cura  
Sino con la presencia y la figura.

---

(1) Es decir, *obrando el bien y mortificando en sí el mal*, sin que se detenga en los deleites y gustos naturales, venciendo las dificultades que puedan *impedirla en el derecho camino de Cristo*.—Decl. de la Canc. III.

(2) Decl. de la Canc. VII.

San Juan de la Cruz hace sentir con su alma aquel desasosiego y dolor en que vive, sin hallar alivio ni curación para sus penas, y que le hace volver á su querella; *véante mis ojos*, dice entregándose á su Amado, pues *sólo para tí quiero tenellos*, que así acabará y tendrá término este vivir muriendo que no es vida; rasga ¡oh fe! tu velo y refleja en tus *semblantes plateados*,

Los ojos deseados,  
Que tengo en mis entrañas dibujados! (1)

De Dios se alcanza todo por amor, dice el santo poeta (2), y el alma mística por su amor tan fervoroso y fuerte ha merecido los *primeros rayos de la Divinidad* por que tanto ha suspirado, y que al recibirlos la hacen pasar por *arrobamientos y éxtasis* (3):

Apártalos, Amado,  
Que voy de vuelo.

El Amado la detiene:

Vuélvete, paloma,  
Que el ciervo vulnerado  
Por el Otero asoma  
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

---

(1) Declaración de las canciones VIII, IX, X  
y XI.

(2) Decl. de la Canc. I.

(3) Decl. de la Canc. XIII.

Un pensamiento del más escondido y místico sentido es el que se trasparenta aquí, á través de cada frase del alegorismo más original y bello: el amor de Dios á su criatura, que le hace acudir como *ciervo herido al gemido de la Esposa*, y la detiene, dándose á conocer en las *alturas de la contemplación*, con *asomadas* no más, que otra cosa no son cuantas noticias adquiere el alma en esta vida (1).

Con este vuelo del alma, se *denota un alto estado*, el momento *de los desposorios espirituales* que ha sonado ya en el plan de la teología mística; y en este venturoso *principio de unión comunica Dios al alma grandes cosas de sí, hermoseándola de grandeza y majestad*, que para cantarlas se han agrupado, al silbo poderoso del poeta, las armonías todas distribuidas por la Hacedora Mano en la universal creación. Siéntese el alma en una quietud no perturbada por causa de males; á las querellas y ansias de amor ha sucedido *la paz, el deleite y la suavidad; y las montañas elevadas, anchas y hermosas, graciosas, floridas y olorosas, los valles solitarios, quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, con sus arboledas; y el suave can-*

---

(1) Declaración de la Canc. XIII.

*tar de las aves, las insulas extrañas con toda su  
novedad, los ríos sonoros, los aires amorosos,*

La noche sosegada  
En par de los levantes de la aurora,  
La música callada,  
La soledad sonora,  
La cena, que recrea y enamora (1),

todo es figura de la abundancia de bienes, de la *inestimable refección* de amor que goza el alma mística.

¿Qué podrá decirse ya, que sea nuevo, de esa poesía, *piña de rosas, de ámbar perfumadas*, por la que corre lozanía, y frescura, y fragancia exquisita?

.....  
.....  
Detente, cierzo muerto;  
Ven, Austro que recuerdas los amores,  
Aspira por mi huerto,  
Y corran tus olores,  
Y pacera mi Amado entre las flores.

El alma que va *por insulas extrañas* se aflige por ausencias del Amado en el desposorio espiritual; *pero limpia y purificada* por entero, se ha entrado ya la Esposa en *el ameno huerto deseado*, en posesión de *paz y tranquilidad* del

---

(1) Declaración de las Canc. XIV y XV.

Esposo, y se ha consumado la unión de amor,  
el místico matrimonio del alma con Dios.

.....  
A las aves ligeras,  
Leones, ciervos, gamos saltadores,  
Montes, valles, riberas,  
Aguas, aires, ardores,  
Y miedos de las noches veladores:  
Por las amenas liras  
Y cantos de sirenas, os conjuro  
Que cesen vuestras iras,  
Y no toquéis al muro,  
Porque la Esposa duerma más seguro (1).

Esta unión, dice Santa Teresa (2), es *como si cayera agua del cielo en un río ó fuente á donde queda todo hecho agua, que no podrán ya dividir cuál es el agua del río ó la que cayó del cielo; y quizá sea esto, añade, lo que dice San Pablo (3): que el que llega á Dios se hace un espíritu con Él; unión divina que canta el alma gozándose en el Amado, flor del campo y lirio de los valles (4):*

---

(1) Canciones XVIII, XIX, XX, XXI, XXII.  
—Decl. de las canc. XVII, XX y XXI.

(2) Morada VII, cap. II.

(3) *Qui adhæret Deo, unus Spiritus est cum eo.*—I ad Cor. 6. 17.

(4) *Ego flos campi, et lilium convallium.*  
—Cant. Cant. 2. 1.

Nuestro lecho florido  
De cuevas de leones enlazado,  
De púrpura teñido,  
En paz edificado,  
De mil escudos de oro coronado.

Las virtudes todas son esas flores que adornan el lecho, *lectulus noster floridus* (1); la fortaleza y seguridad de cada virtud se representa en esas *cuevas de leones*, que las protegen y defienden del asalto enemigo. Y están entrelazadas las virtudes, constituyendo así la perfección del alma; y teñidas en púrpura, símbolo de la caridad en las Sagradas Letras. El lecho es lecho de *paz edificado*, porque la paz reina con todas las virtudes, y estas son las flores que allí viven, sirviendo de *mil escudos* que forman luciente corona del alma (2).

Y por no traer todas las *canciones* del alma en el inefable consorcio de amor y comunicación con Dios, en sus recreaciones y deleites, me limitaré á aquella primorosa estrofa:

De flores y esmeraldas  
En las frescas mañanas escogidas  
Haremos las guirnaldas

---

(1) Cant. Cant. 1. 15.

(2) Dec. de la Canc. XXIV.—En el *Cantar de los cantares* se lee: *mille clypei pendent ex ea*.

En tu amor fiorecidas,  
Y en un cabello mío entretejidas.

Y aquel rasgo inolvidable con que el alma ataviada de todas las galas y vestida de variedad de virtudes *pareciendo Dios, y Dios el alma por amor* (1), atribuye al Amado, por ser cualidad esta del amor perfecto (2), todo lo que en sí halla de grande y hermoso.

Cuando tú me mirabas  
tu gracia en mí tus ojos imprimían.

Y no cerraremos el *Cántico Espiritual* sin antes recordar aquel

Gocémonos, Amado,  
Y vámonos á ver en tu hermosura  
Al monte y al collado,  
Do mana el agua pura:  
Entremos más adentro en la espesura,

con el cual, hecha ya la perfecta unión, el alma quiere empezar á ejercitarse en las propiedades de su místico amor.

De un alma que ha bebido en la *interior bodega del Amado*, y aprendido *ciencia muy sabrosa*, y que solamente se *ejercita en el amor*, han de

---

(1) Decl. de la Canc. XXX.

(2) Decl. de la Canc. XXXII.

ser estos dulces afectos y embriagadores dichos, como *emisiones de un bálsamo divino* (1).

---

(1) De las Canc. XXVI, XXVII, XXIII y XXV. En la declaración de la canción XXVI se dice lo siguiente: «Aunque esté el alma siempre en este alto estado de matrimonio, después que Dios le ha puesto en él, no empero siempre en actual unión según las potencias, aunque según la sustancia del alma sí», que hemos creído sirve mucho para la inteligencia de la unión mística.







### III

**U**NA pausa brevísima. Pasando rápidamente la vista por el cuadro del misticismo poético de San Juan de la Cruz, y volviendo á este punto en que ahora estamos, hagamos notar que todo el gozo íntimo, todo el afecto y ternura del alma inflamada por el amor divino, del alma singular que ha saciado sus ánsias y reposado de sus vuelos en la unión estática con Dios, transformándose en Él, todo rebosa en el corazón del Santo poeta castellano y lo enciende en llama amorosa, *cauterio suave* que regaladamente llaga, *toque delicado que á vida eterna sabe*.

El amor más calificado y perfecto es del que ahora se trata, dice San Juan de la Cruz al adelantar la materia de su *Llama de amor viva*,

y por ser tan interiores y espirituales estas cosas, falta de ordinario lenguaje con que encarcerlas y declararlas; las potencias del alma han abarcado, á los resplandores de *lámparas de fuego*, la *profundidad de sus cavernas* que sólo pueden llenarse con lo infinito; y así como el madero en el fuego en él se transforma y si permanece más tiempo en el fuego llega á *centellar fuego de sí y llamear*, así también el alma mística en el fuego del amor perfecto y en el estado de transformación con Dios, *centellea* y hace llama en la que, muriendo, trocada por vida se le dá la muerte (1).

Esto es lo que San Juan de la Cruz canta en la *Llama de amor viva*, de propia experiencia y diciendo siempre con lo mucho que dice su lengua poco de lo que en su interior siente; y pareciéndole no decir nada de las íntimas conmociones del alma á no ser por medio de exclamaciones de vivísima expresión:

Oh llama de amor viva  
¡Oh cauterio suave!  
¡Oh regalada llaga!  
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,  
Que á vida eterna sabe.  
Y toda deuda paga!  
.....

---

(1) Prólogo, y Canc. II.

Oh llama de amor viva,  
Que tiernamente hieres  
De un alma en el más profundo centro;  
Pues ya no eres esquiva,  
Acaba ya, si quieres,  
Rompe la tela de este dulce encuentro.

Tengo para mí que sin necesidad de internarnos mucho, y sólo por lo que vamos entendiendo y rastreando, algo nos dice este lenguaje del místico, esta poesía de vigoroso sentimiento; algo que acertamos á traducir fácilmente. La tela de la vida mortal que impide el dulce encuentro, es ya sutilísima y delicada, pasan por ella rayos de luz, grandes mercedes, dádivas generosas con las cuales el alma *resplandece delante del Amado*, ponderándolas incessantemente en aquella amplitud y dilatación de sus potencias y sentidos (1) hasta que gastada toda palabra y toda imagen y apurado todo discurso, se vuelve á Dios al sentir sus alientos de vida y exclama por boca del poeta (2):

---

(1) *Llama de amor viva*, Canc. III. En la declaración del verso, *Las profundas cavernas del sentido*, largamente se explica esta amplitud y dilatación, que decimos.

(2) *Llama de amor viva*, decl. de la canción IV, ver. III.

¡Cuán manso y amoroso  
Recuerdas en mi seno,  
Donde secretamente sólo moras;  
Y en tu aspirar sabroso  
De bien y gloria lleno,  
¡Cuán delicadamente me enamoras!

En aquel *aspirar de Dios, de bien y gloria lleno*, se queda y abisma el alma; más allá el silencio será la mejor canción y la única posible, porque, como dice el místico San Juan de la Cruz, *veo claro que no lo tengo de saber decir, y parecería menos si lo dijese* (1); frase digna de un genio, de un santo y de un poeta.

He concluído (2). Si al llegar aquí y habiendo dado término y remate á nuestro pobre tra-

---

(1) *Llama de amor viva*. Decl. de los tres últimos versos de la Canc. IV.

(2) De las *Devotas poesías* de San Juan de la Cruz, por estar fuera del pensamiento general del discurso, diremos contadas palabras, las precisas para dar de ellas noticia. Son varias y diversas las composiciones agrupadas con tal denominación: *Coplas del alma que pena por ver á Dios*.—*Coplas sobre un éxtasis de alta contemplación*, notable poesía mística.—*Glosas á lo divino*.—*Cantar del alma*.—*Canción de Cristo y el alma*.—*Romances sobre el Evangelio de la Santísima Trinidad*.—*La comunicación de las tres personas*.—*De la Creación*.—*De los deseos de los Santos Padres*.—*De la Encarnación*.—*Del Nacimiento*, y sobre el salmo *Super flumina Babyloiiis*, que es una de las más bellas y apreciada. To-

bajo, se nos detuviera para que concretamente presentásemos formulado un juicio de San Juan de la Cruz como escritor, excusa legítima encontraríamos para eludir el compromiso declinando el encargo, por demás excesivo y difícil de cumplimiento acertado. Sería cosa de traer á cuento, repitiendo todas las ideas de crítica, todas las apreciaciones reverentes, todas las palabras de elogio y encomio con que nuestra inteligencia, en demasía corta y limitada, ha ido tejiendo el estudio del misticismo poético de San Juan de la Cruz, y aun así parecería insuficiente el medio adoptado, nada hubiéramos dicho.

Nuestro juicio acerca del escritor, sin separar al Santo del poeta, diremos, si con insistencia se nos pide, está hecho, es todo nuestro discurso, siendo indispensable para formar todo cuanto en él se contiene; y lo ha hecho San Juan de la Cruz con su doctrina sublime, que cuidadosamente se ha procurado exponer, y con

---

das se distinguen por la sencillez, unción y ternura con que están escritas.

Como dato de curiosidad recogemos la noticia de haberse traducido, en este año de 1893, al inglés por Mr. David Lewes las obras de San Juan de la Cruz, aumentándose así, con orgullo de los amantes de la literatura patria, las ediciones para bien de las letras y renombre del poeta.

un lenguaje que tan rica y escogida poesía nos ha dejado gustar.

¿Se puede hacer otra cosa? Creo que nó.

Cada cual, leyendo las obras místicas del *extático doctor*, haga su crítica y juzgue de sus impresiones según el *caudal de su espíritu*, pero que no pase de ahí, que guarde reservadamente su opinión, porque siempre será atrevimiento vano para el hombre querer con sus naturales fuerzas y aplicando su criterio, fallar, con la última palabra, en lo que está y vive sobre él.

Y lo puedo asegurar sin vacilaciones; el que atenta y benévolamente me haya escuchado, convencido como yo estará de que San Juan de la Cruz no es un hombre cuando habla, sino un espíritu superior, un génio con vuelos de águila, un cantor de divinas armonías; convencido estará, como yo, de que el misticismo poético de San Juan de la Cruz no ha nacido de la tierra, ni de ella recogido sus flores; y convendrá también conmigo en que á nuestro poeta pueden aplicarse á la letra aquellas palabras de Fr. Luis de León, á propósito de Santa Teresa: *en muchas partes me parece que es ingenio de hombre el que oigo, y no dudo sino habla el Espíritu Santo y que le regia la pluma y la mano; que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas*

*obscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee* (1).

¿Quién, pues, ha de considerarse autorizado para el análisis y crítica de las poesías de San Juan de la Cruz? Los críticos las admiran, apuran los elogios, y tienen por mejor acierto el confesar que no hay términos de comparación en lo humano para justipreciar sus bellezas; que algo misterioso y de orden sobrenatural eleva sus conceptos, comunica fuego á su corazón para sentir y da color á sus palabras; que es un astro de primera magnitud, y por su lenguaje y estilo, por sus imágenes y afectos, por sus arranques ha de llamársele el príncipe de los místicos españoles, el más inflamado, el más original, el representante más excelso de la poesía sagrada en nuestra patria.

Se dirá que es generalmente descuidado é incorrecto en la forma, que hace alteraciones en la lengua, que se nota cierto desorden en la expresión de los afectos, que es desigual y á veces cansado y muy obscuro; pero cuando así se juzgue de defectos literarios en el misticismo poético de San Juan de la Cruz, no se nos niegue que han quedado en olvido muchos deta-

---

(1) En el ya citado *Prólogo* á las obras de la Santa.

lles y circunstancias que no sólo hacen dispensables tales faltas, sino que las hacen desaparecer por completo.

Yo no recordaré preceptos de crítica, porque nadie más necesitado de lecciones y maestros; pero sí me permitiré advertir que San Juan de la Cruz no cultivó la poesía con el fin meramente artístico; que la forma rítmica y el lenguaje figurado y retórico (1) le sirvieron para levantar más el fondo de sus tratados místicos, sin mirar con preferencia á la proporción y estructura del decir peculiar de la belleza; que la pasión le arrebatara con su fuerza y presteza increíble de un afecto en otro, y corta sus razones (2); y por último, y con esto acabo (y no es doctrina mía sino de San Buenaventura y San Bernardo (3), que en materia tan alta y tan espiritual como es la mística, donde la gracia es maestra y no la lengua, donde el que por experiencia sabe no

---

(1) En el libro III. cap. XLIV, de la *subida del Monte Carmelo*, puede verse cómo no condena el Santo, el *buen estilo y retórica* y el *buen término*, pues dice que aun las cosas caídas y extragadas, se levantan y reedifican por este medio.

(2) Fr. Luis de León.—Prólogo á la exposición del *Cantar de los cantares*.

(3) San Bernardo.—Sermón 85 sobre los *Cantares*.—San Buenaventura.—*Itinerario mentis in Deum*.—Cap. VII.

lo sabe decir, donde la humildad alcanza lo que de vuelo se va y aprende lo que no se puede enseñar, donde la palabra sustancial del Padre hace tales maravillas, que con palabras no se pueden declarar, donde no hay que regirse por entendimiento ni regla de maestros, donde el gemido de la oración y el trato con Dios es la escuela y enseñanza, donde la claridad daña y la obscuridad alumbrá, donde todo lo da el fuego de amor, ¿cómo pondremos tasa, límite, orden y modo en los términos con que tan superior cosa se ha de declarar, queriendo que lo que no tiene término y es inelable pase por las reglas ordinarias, sin trascender toda palabra, toda frase, todo uso común y de escuela, de discípulos y maestros, de artes y modos que en la tierra se pueden saber?

*Burgos, Agosto de 1893.*







